

AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN HUANTA

PRIMERA SESIÓN

11 DE ABRIL DE 2002

9 A.M. A 1 P.M.

Caso número 4: Familia Castro García y Auqui Tenorio

Testimonios de Julia Castillo García, Juan Tenorio Roca y Cipriana Huamaní Janampa !

Doctor Salomón Lerner Febres

Señores, vamos a reiniciar la sesión. Deseo antes de llamar a los próximos testimoniantes, reiterar el agradecimiento a todos los presentes, en especial a todas aquellas personas que están aquí representando a sus comunidades. Lamentamos que la capacidad de este auditorio no permita que haya más público. Sin embargo, fuera de este recinto se está ofreciendo la posibilidad de seguir paso a paso estas audiencias. Hemos venido —y esto quisiera reiterarlo a propósito de algo que he escuchado afuera— hemos venido a escucharlos con respeto. No hemos venido nosotros en plan de fiscalizadores, de jueces o de gente que se cree superior. No nos sentimos extraños a ustedes. Somos todos peruanos, y deseamos justamente que todo el país, que la gente como nosotros que no ha vivido en Ayacucho, conozca su dolor, comparta su dolor. Buscamos, y ese es el objeto de esta Comisión, la verdad, la justicia y la reconciliación, y, porque buscamos la reconciliación, porque buscamos que haya nuevos lazos de fraternidad entre los peruanos. Tenemos que rechazar cualquier intento por el cual se quiera ahondar más la distancia que existe entre nosotros. Estamos en un plan de acercamiento entre todos y creo que no es el momento de dividir a los peruanos. Es el momento de unirse todos, recordando historias dolorosas, compartiendo ese sufrimiento, proyectando todos juntos un futuro mejor. Dicho esto, pido por favor a la señora Cipriani Huamaní Janampa, a la señora Julia Castillo García y al señor Juan Tenorio Roca, se acerquen para prestar su testimonio.

Les ruego nos pongamos de pie. Señora Cipriana Huamaní Janampa, señora Julia Castillo García, señor Juan Tenorio Roca, ¿formulan ustedes promesa solemne de que su declaración la harán con honestidad y buena fe y que por tanto expresarán solo la verdad en relación a los hechos relatados?

Testimoniante

Sí.

Doctor Salomón Lerner Febres

Gracias, pueden tomar asiento.

Ingeniero Alberto Morote Sánchez

Señor Juan Tenorio, señora Julia Castillo, señora Cipriana Huamaní, permítaseme, a nombre de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, expresarles a todos ustedes nuestro reconocimiento por la valiente decisión que les trae a esta audiencia pública, en la que dejarán testimonio de su verdad sobre los trágicos hechos que de una manera increíble ensangrentaron innecesariamente a Huanta. Los miembros de la Comisión valoramos y reconocemos esta actitud valiente de ustedes de venir a esta audiencia para darnos su versión. Queremos recordarles a ustedes que, si bien es cierto que la búsqueda de la verdad es una de las responsabilidades de esta Comisión, esta Comisión, que así ha entendido su papel, quiere compartir plenamente esa responsabilidad con ustedes, de modo que, todo cuanto puedan decir ustedes, producto de esa amarga experiencia, de esa evidencia dolorosa que les ha privado de sus seres queridos, ojalá en una alianza íntima con la Comisión de la Verdad, que no debe concluir ahora y que debe proseguir

en el futuro hasta encontrar esa verdad, y podamos saber después de este esfuerzo colectivo, cómo se produjeron esos hechos. Ahora me toca invitarles a ustedes para que den su testimonio.

Testimoniante

Gracias.

Ingeniero Alberto Morote Sánchez

Los vamos a escuchar con mucho detenimiento.

Señora Julia Castillo García

Gracias, señor representante, señor presidente de la Comisión de la Verdad, todas señoras aquí presente. Yo me llamo Julia Castillo. Mi padre Nicanor Castillo, quien estuvo preso cinco años injustamente. A él en año 1981, 10 de enero, lo detuvieron, lo deteneron los policías en Aisarca, en la hacienda Aisarca, porque al hacendado lo habían matado unos, unos encapuchados habían entrado. Mi padre, nosotros vivíamos cerca a la hacienda Aisarca, y nosotros a este ladito, al costado. Como toda la noche en 24 de diciembre del 80, se escuchó balacera toda la noche y de eso, esa noche había ido mi cuñado, la... el esposa de mi hermana... a acompañar al hacendado. Mi hermano también estaba al lado de mi papá. Le había dicho: «Papá, hemos escuchado toda la noche la balacera, por favor anda a la hacienda Aisarca, cómo estará Julio». Mi hijo también se ha ido atrás de Julio, diciéndole le ha dicho a mi papá y mi papá también se fue a ver a la... a la hacienda Aisarca. Y en ahí pudo ver él, al hacendado muerto, tirado en el suelo y... y otros amarrados en la silla, encapuchados y otros armados, con su capucha. Entonces mi padre estaba acercándose, donde el yerno, Julio Morales. Le dijo: «Papá, desátame». Entonces mi padre estaba acercándose a desatar. Entonces, en eso, los encapuchados no lo habían querido, no le han dejado, este, que desate entonces. «Viejo 'e miércoles, tú quieres liberar a este hombre. Si no quieres... regresa por el camino donde que has venido». Le ha hecho regresar, sin poder haber liberado. Pero ese señor Julio Morales estaba... no sé, le ha tenido rencor a mi padre. Le dijo: «Él es el que ha venido. Me ha pateado», diciendo, se ha declarado en contra de mi papá. Mi padre no ha hecho nada, solo [inaudible] inocente solamente a ido a ver. De ahí, mi padre, pues, se entera de que él estuvo en la relación de los... de los que han entrado. Entonces él se... ha ido solo. Se presentó a demostrar su inocencia. Entonces de ahí lo trae. Los policías le han traído a Vilcas. En Vilcas estuvo. De Vilcas le traeron acá a Huamanga. Bueno, en eso yo estuve en Huamanga. Mi papá se presenta en mí... me toca la puerta. Yo salgo y estaba con policía mi papá. «Papá, ¿que has hecho?», le dije. «¿Por qué estás aquí?», le digo. «Es que me han traído para testigarme no más», me dijo. El policía también me dice. «Bueno, tu papá vino a testigarse no más. Ya, más bien, me vas acompañar tú también», me dijo.

Entonces nos fuimos a la comisaría. Y en la comisaría... era ya tarde. Entonces, me dice el comisario: «Siéntate acá. Tu papá ahorita va a salir. Va a dar su testimonio», diciendo. Y dio su testimonio. Yo estoy esperando afuerita sentada, sale mi papá. Y luego, los hijos del hacendado llega y le dice. «¿Cómo va a salir este viejo, si este es... este es el viejo que ha matado a mi papá». Entonces, otra vez lo han hecho entrar adentro y después sale un comisario, me dice: «Oye, oye hija, este, ¿cuántos hermanos son?», me dice y yo le digo: «Seis hermanos. ¿No pueden hacer bolsita?», me dice. Quería que le paguen. Entonces: «No, no. Mis hermanos están otro sitio», le dije, «No están acá». Entonces, «Bueno». De ahí, al día siguiente: «Ya, pues. Tu papá ya se va a quedar esta noche. Más bien mejor tráele su frazada», me dice.

Entonces yo me fui a la casa a traer... a traer la frazada y lo di a él y después, de ahí, al día siguiente, lo pasaron a Cangallo. Otra vez lo hicieron regresar a Cangallo. Después pasaron a cárcel de Huamanga. En el enfrentamiento de Vil..., de Can..., de cárcel de Huamanga, él no salió. Quería demostrar su inocencia. Claro, otros se escaparon. Él se quedó. Se fue.

Lo llevaron con helicóptero a Lima a la carceleta de Callao. Estaba en Li..., en Lima y ahí estaba incomunicado. Yo fui a su atrás de mi papá, desesperada. «¿Cómo estará? ¿Estará comido, no comido?», diciendo, fui y estaban incomunicados..., comunicados. Una cuadra antes, bien armados los policías, no me dejaron entrar. Entonces yo: «Por favor, déjame entrar. Quiero ver a mi papá. Mi papá está mal. ¿Cómo estará?», diciendo, a las juerza me metí. Pero en la

puerta no me dejaron entrar. Solamente alcancé su... su... su ropa y su comida. Entonces me fui. Entonces, de ahí, los familiares de los presos, otros más, ¿no?, nos organizamos para que haiga visita. Entonces logramos la visita y ahí donde yo pude ver a mi padre, que estaba muy mal.

Ahí le vi, estaba botando sangre. Entonces yo le dije. «Papá, estás mal. Entonces yo te voy a comprar remedios, medicinas», le dije. Ya, le compré las medicinas. Le di, después este... de ahí me dice mi papá: «Julia, estoy acá por un tiempo, no más. No sé cuándo me van a pasar. Me van a pasar al Frontón», me dijo. «Ya ¡ay!, cuándo será». No sabía para cuándo. Entonces, de un momento a otro lo habían pasado al Frontón.

Otra vez cuando fui, ya no estaba en la cárcel de Callao, carceleta de Callao, sino ya estaba en El Frontón. También estaban incomunicado en carceleta... en El Frontón. Fuimos. Teníamos que luchar bastante los familiares de los presos para que nos deje entrar. Entrábamos en lanchas, teníamos que estar cuatro de la mañana para entrar ahí. Entonces de ahí lo logré visitar, pues, lo vi a mi padre. Estaba ahí. Bueno, de ahí salió a San Juan de Lurigancho, la cárcel de San Juan de Lurigancho... estaba de Lurigancho. Lo pasaron a San Jorge. De él salió absuelto el 11 de diciembre de 85. Casi yendo a seis años salió absuelto.

Mientras mi padre estuvo en la cárcel, a mi hermano Marino Castillo lo... lo, este, le han hecho desaparecer en Parcco. El era agente municipal, y les obligaba siempre los... los militares de Vilcashuamán que todos pueblos tenían que llevar, este, algo al campamento, carnes, carrizo, todo lo que sea. Si la gente, claro, que no llevaban eran terrucos. Entonces, miedo a eso, siempre se veían obligados de llevar todos, los pueblitos de ahí, llevaban. En eso, mi hermano también estaba llevando, a las cinco de la mañana, carrizo, y por el camino se había encontrado con policías. El policía le hace regresar a la plaza de Parcco y ahí, luego, tocan la campana y le sacan a todos, a toda la gente del pueblo. Sacan ahí, luego lo maltratan, lo castigan, feamente lo castigan y después de ahí lo lleva a mi hermano Marino. Lo lleva a una señora, este, Juana Ramírez y su hijito cargado su bebito, después a Salomón... Salomón Castro, a muchos más los ha llevado.

Entonces su esposa de mi hermano Marino le dijo. «No le lleves a mi esposo. ¿Por qué lo llev...? No, no. Me está ayudando a llevarle la mochila no más. No puedo. Tiene que ayudarme a cargar», diciendo se lo ha llevado y su esposa ha ido a su atrás. «No sol... No. Va a regresar. ¿Por qué vas a seguir?», diciendo, «No, papi. Su hijito también de mi hermano, papi. ¿Por qué? No, no le lleves», diciéndole, rogando al cachaco. Le dijo. «No, no, no. Ahorita le va... va salir. Va a regresar», diciendo se lo ha llevado.

Jamás ha vuelto, jamás ha vuelto mi hermano. No sabemos nada. Y cuando ha ido después de... de un día, creo que ha ido y le ha dicho, este: «Tienes pa que me pagues» diciendo. Entonces no le ha pagado y de ahí, de ahí, otra vez regresó y ya no se supo nada de él. Nada. Jamás. No sabemos dónde está.

Después en año 1984, a primero de febrero, a mi madre Fortunata García de Castillo, que es la esposa de mi papá, también lo mataron, lo asesinaron. Entraron a las 8 de la mañana, aproximadamente diez militares. Entraron a la casa de mi madre le agarraron. La... le torturaron cerrando un cuarto. Al otro cuarto a mi hermano Luis Castillo. Estaba con su hijo Luis Castillo, es su nietecito, desayunando así en grupo. Entraron: «¡Ah! Acá están los terroristas. Vieja de miércoles, tú les estás dando de tomar desayuno». Y para desgracia, un jovencito de ahí, se había escapado corriendo al ver a los militares. Había escapado. «Ese ha sido el que... el terrorista que se escapó», diciendo, lo agarró a mi mamá. Lo encerró en el cuarto, lo maltrató [empieza a llorar] le... le balearon, lo... todo le hicieron a mi madre. Lo castigaron, todo. Y el otro mi hermano, que estaba encerrado en el otro cuarto, ha escuchado las balas y todo lo decían: «Carajo, vieja, terrorista, te voy a matar. Di toda la verdad». Mi madre no hablaba castellano sino quechua no más. Seguramente como el militar, no también, habla castellano. Castellano, quechua, no se entendían los dos. Prefirió matar a mi madre. Mi madre lo mató. Lo sacó afuera y quemándole todavía le sacó de la casa. Y después la había llevado para abajo. La hecho desaparecer. Dinamita le había tirado. Y de ahí lo han hecho desaparecer. No se sabe nada de mi madre. Todo el día estuvieron esos militares ahí. Así, han hecho todo lo que han querido hacer con mi casa. Le han quemado la casa, todo. Teníamos chanchos, vacas. Quemaron, mataron eso. Comiendo hasta junto con mi hermano que estaba al otro lado, lo sacó después. Llamaron

a otra gente también. «Ayúdame a matar esto», diciendo, toda la gente ayudaron a matar al chanco, todo eso. Entonces luego se lo llevó a mi hermano preso y del medio camino mi hermano Lucho se escapó. Se había escapado. Ya era noche. En después, de ahí, también él estuvo perseguido.

Bueno, a mi madre de ahí lo han matado. Lo han hecho desaparecer el cuerpo. No se sabe. No sabemos nada. Después de quince años yo fui a ver. Porque yo no fui antes, cuando mataron a mi madre, yo no fui a verla, porque a mi también me han dicho que tú también estas perseguida, ya no vayas, diciéndome me dijeron entonces. Yo no fui, porque yo estaba a cargo de mi padre y, entonces, por ese motivo yo ya no fui. Me vine acá, a Lima, sin conocer. Yo no sabía. Yo no, yo no conocía Lima. Entonces en ahí... mi madre era bien buena, bien cariñosa. Yo hubiera querido enterrar a mi madre. ¿Por qué mi madre? ¿Por qué tenían que matar, inocente, ignorante... este... inválida? No caminaba ella. La han matado.

Después de 15 años cuando fui, acacito le han matado a tu mamá. Hemos encontrado grasita. Tenemos un pedacito de seso, acá está enterradito, me dijo. Entonces de ahí, lloré. Yo me puse mal.

Después, en año 1986, al fin, mi hermano Lucho... Luis Castillo, quien se escapó en del medio camino, también lo mataron a él, en la matanza de Parcco y Pumatambo, junto con los trece campesinos. Allí murieron los ancianos, los niños, todos. Y no se sabe nada del cuerpo. Lo quemaron todo. No sé qué hicieron con ellos. Desaparecieron el cuerpo. No sabemos nada, señores del Comisión de la Verdad. Nosotros pedimos, pues, que nos escuche, que haiga justicia, porque no habido justicia en tiempo de Belaunde, en tiempo de Alan García. Ha habido todo violencia, violencia nada más. Gracias a los Derechos Humanos, por ellos felizmente todo esto se pacificó y la personas que hemos sido de Ayacucho, hemos sido tildados de terrorismo. «Son terroristas ayacuchanas», nos decían en Lima también. Teníamos miedo de hablar, de denunciar. Yo no denuncié. Solo de mi mamá denuncié, porque me dio cólera. Dio una ira a esos militares que le han matado a mi madre. Porque sin motivo le han matado. «¿Qué se les ha hecho mi madre?», diciendo, yo le puse denuncia en la Fiscalía de la Nación. Pero de ahí no seguí. Por temor no lo seguí, señor.

Yo quiero que me escuchen. Yo quiero escuchar justicia, para los culpables [llora]. Por eso ahora mi padre estuvo en la cárcel es ahora delicado de salud. Él me ha dado... este... no puede hablar él. Tiene dificultad en hablar. Entonces me dio este mensaje. Quiero decir a la Comisión que yo soy un hombre inocente —mi padre—. Nunca hice nada malo. Las acusaciones eran pura mentira. El señor Benigno Medina era mi compadre y ni... y nos llevaron bien por eso. Mentira. Estuve cinco años preso. Hasta El Frontón estuve y perdí a mi familia. Pido justicia. A mí declara... declararon inocente, pero mataron a mi esposa y a mis hijos. Ese el mensaje que mi padre quiso decir, pero se lo estoy leyendo yo. Gracias.

Señor Juan Tenorio Roca

Señores autoridades del departamento de Ayacucho, provincia de Huanta, señores Comisión de la Verdad, señores periodistas, pueblo en general. Les saluda afectado de tres familias desaparecidos en diferentes fechas. Uno es Felicitas Auqui Tenorio; y uno hermano mío, tal vez conocen acá en Huanta, Rigoberto Tenorio Roque en año 84. Y el otro es año 1985, el 20 de mayo, Melitón Auque Tenorio. Lo cual voy a declarar de dos personas. En su esposa de Rigoberto va a declarar ella.

Señores autoridades: Este caso sucede en comunidad campesina Satoca, a raíz de la muerte del señor Gerardo Martínez, el quince de junio de 1983. El señor Gerardo Martínez maneció muerto el 15 de junio y mi hermana Emilia Tenorio de Auqui no sabía la situación que ha sucedido. Era inocente. Pero, sin embargo, acusaron directamente a ella, como si fuera responsable. Resulta que el Teodoro Martínez, hijo del señor Gerardo Martínez, no sé cómo se ha enterado. Se ha contratado una cantidad de sinchis y lo cierto que este señor llega al comunidad de Satoca, a Sachasniyoc, y se cuadra por todos los lugares de la casa con una cantidad de sinchis. Empieza a maltratar a Emilia Tenorio Auqui diciendo: «Tú debes saber quién ha matado a mi padre». A mi madre empezó a golpear en la cintura, en la cabeza hasta perder conocimiento y los sinchis con la metralleta en la mano, hincando por todas las costillas para que

pueda hablar. No tan contento con ello, a una criatura de diez años, agarró de una mujercita, diciendo que tú tienes algo. Empezaron buscar por todas las casas, y a la criatura desvestir en dentro de la casa para encontrar algo, pensaba su mamá, Emilia Tenoria, que taban, iban matar a la criatura o iban abusar. Pero sin embargo no encontraron nada. Saquearon los cosas que tenían valor y no tan contento con eso, dejando privado ya con sangre, lleno de sangre, a la Emilia Tenoria en el suelo. Las criaturas están en lágrimas. Encendieron los cinco chozas que existían. En igual forma, encendieron con la misma paja a los sembríos y a las plantas que existían. Después de reaccionar ya prácticamente, al no encontrar también los sinchis todo, después de maltratadas tantas cosas ¿qué han hecho? Se empiezan a retirarse ellos, y recién reacciona la Emilia Tenoria de Auqui. Cuando reacciona, ya se encuentra prácticamente ya sin nada, porque no había en la casa dónde dormir, ni la cama, ni los víveres. Se traslada al distrito de Pampa Cangallo, a comunidad Incarjay. Ahí se encontraba su esposo Eusebio Auqui Orozco. Ese comunica los casos que ha sucedido. Pero lo cierto que no podían hacer nada. Me comunican acá, a Lima, a ver qué podía hacer. Yo, lo cierto, que contraté un abogado en Lima y le he comunicado para que viaje ella a Lima. Le hemos pedido a las autoridades pidiendo las garantías respectivas, infor-mando pormenores, al Ministerio del Interior, para que estos casos... que se... antes que se genere más. Pero, sin embargo, en esta andanza que estamos andando señores, no fue tampoco a su hija, su hija Felícitas Auqui, Felícitas Auqui Tenorio, que era en cuidado de los animales, y cuidado de la casa y de la en parte baja. Hasta... hasta que estamos andando en ese trámite documentarios. Enteramos en que iba esa esta señora en feria Pampa Cangallo. Detienen los tres sinchis de la Guardia Civil, sindicado por la hija del señor Gerardo Martínez que ella debe saber. Pero resulta que esta mujer empieza gritar, sabiendo que su madre, cómo le han maltratado, cómo se ha contado, todo lo que han hecho. Entonces resulta que... al enterar su mamá de Lima, empieza viajar para... empieza viajar hacia Pampa Cangallo, averiguar, a ver qué ha sucedido con sus hijas. Nadie se en dio razón. Le dijeron uno de los testigos, una persona más o menos indicada, que indica, la detención que el Ignacio Alarcón Pareja, único persona que dijo que en delante de tantas personas en una feria. Se han recogido y allá, y detenido, y han llevado arrastreado. Pero hasta el día de hoy no se ha llegado a saber nada. Y otra persona, por averguaciones, que es hijo de Antonia Auqui, estaba detenido también. El ha visto hasta desde... del día 27, hasta 28. El día 28, dice, que se ha sacado sin destino alguno más o menos. Los sinchis han demorado tres horas y han regresado ya sin la Felícitas. Ella era madre soltera. Dejó cuatro hijos en desamparo que al cargo de su madre realmente ahora se queda las criaturas, sin estudio. Realmente, usted pueden imaginarse cómo se pasa cuando madre padre, que era madre viuda, mejor dicho, madre soltera, que no cómo sustentar el hogar. Ese sucede con Felícitas Auqui, señores. Pedimos a las autoridades que pueden tomar cartas en el asunto, acá la Comisión la Verdad.

Después lo segundo va a transmitir acá mi cuñada. Ahora sucede, el día 20 de mayo de 1985. Llevando los víveres se va su hermano de Felícitas, ya en el año 85, hacia la Comunidad de Satica. Porque en Comunidad de Satica teníamos una cantidad de ganados, para en cuidado de ellos se han ido llevando los víveres. Pero en llevar eso se ha demorado como tres días. En esa compañía, nos cuidaba el señor Pablo Tenorio Quicaño. Entonces en esos tres días, parece que los comuneros se han dado cuenta que había una persona extraña. Pero en realidad no éramos extraños. Nosotros vivíamos ahí años atrás. Se allanan a las 5 de la mañana y secuestran a Melitón Auqui Tenorio. Y Pablo Tenorio Quicaño no podía identificarlo a nadie, porque era hora de la noche más o menos proximadamente 5 de la mañana. Lo amarraron en un caballo al Melitón Auqui Tenorio. Dice que arrastreado lo llevaban por los suelos, hacia la comunidad Munaypata. De ahí hicieron pasar a Cusibamba. Y el Pablo Tenorio Quicaño alcanza, ya dándose cuenta que donde se encontraban, donde el Águila Salvatierra, en Comunidad Cusibamba. Y pudo identificar a las cinco personas que señalamos en el documento posteriormente o podría decirlos son cinco pers... o mejor dicho cuatro personas. Son Jacento... Jacento Calderón, Eduardo de la Cruz Arango, Rosendo Núñez Escalante y Marcelino de la Cruz Arango. Lo cual nosotros empezamos a averiguar, y a Pablo Tenorio Quicaño decimos: «Señor, usted tiene que responder, porque él ha venido trayendo los víveres pa su alimento, para que [inaudible] Si no, de lo contrario, denunciaremos a usted, porque ¿quién puede ser más testigo que usted?». El se ha ido al distrito de Pampa Cangallo. En el juez de paz, ha denunciado, ha denunciado valientemente este hombre, reconociendo de todo. Incluso ha hecho constar en el denuncia, diciendo que él también ha sido amenazado, porque en eso que alcanzado en Cusibamba, le ha dicho: «Soplón, tú también estás encubriendo. Vas a morir así». Resulta que a él también, posteriormente, hicieron desaparecer. Hasta el día de hoy no se llegó a saber nada,

por simple hecho denuncia. A su mamá también le han amenazado: «Si denuncias así, igual forma vas a desaparecer». Pero se supone que estos mismos señores que estoy mencionando, así no más no pueden haber para borrar las huellas. A este señor Melitón Auqui hacen llegar al cuartel de Casacancha. En el cuartel de Casacancha ha ido averiguar mi hermana Emilia Tenorio, que le han dicho el alcalde de Casacancha ha acompañado, gracias a ese señor, y le han dicho que estaban investigando. En eso, posteriormente, se encuentra con tal León Gómez, que estaba detenido, pero ya se habían dado libertad. Este León Gómez dice: «Sí hemos encontrado y hemos conversado adentro. Porque él estaba herido de bala. Está enfermo. No sé si saldrá». Desde ahí no hemos llegado a saber nada de su destino. Así es el destino que ha corrido. En cada uno de ustedes ya se imaginarán. Sobre los maltratos, solamente agradezco a los señores de Comisión de la Verdad sus buenos oficios que pueden poner... para ver realidad. Ya tantos años estaba pasando de la historia. Agradecemos a la Comisión de los Derechos Humanos y a los señores Organismos que nos están apoyando con tantas cosas de la movilidad. Muchísimas gracias, señores.

Señora Cipriana Huamaní Janampa

Señores Comisiones de la Verdad, eh... señores autoridades, señores periodistas nacional, internacional. Una vez más aquí, dando, para poder dar mi testimonio, lo que pasó con mi esposo, que tantas veces he dado y he denunciado.

Bueno, soy la esposa de Rigoberto Tenorio Roca, que en el año de 1980... este... En año 1972, perdón, 1971, fue destacado de Lima a trabajar acá en Huanta en el co... en el colegio González Vigil, como instructor premilitar, donde él trabajó hasta el 84. Él, como conoce el pueblo entero de Huanta, fue una persona muy humanista. Fue una persona muy bueno con todos. Fue una persona, un padre ejemplo, que siempre se preocupó de sus hijos, muy cariñoso, donde él siempre decía que era adorno de su casa, sus hijos. Entonces, un día menos pensado, corrió la suerte, como los demás corrieron... la suerte. Fue, por dos oportunidades, allanado mi casa. Entonces, aquel tiempo, en esa fecha, había sido, habían atentado a la... al puesto de la PIP. Y, bueno, han salido los de la... del Servicio de Inteligencia y con todos de la Marina. Entraron a mi casa. Eran... eso de las 5 de la tarde y buscaron mi casa. Pero yo pregunté por qué habían entrado. Dijeron de que si por ahí estaban ocultados los terrorista que habían atentado.

En la otra, en el otro atentado igual. Entraron en mi casa a la 1 de la mañana, diciendo de que dónde estaba mi esposo. Y luego buscándose todos los rincones de mi casa. Donde yo vivía es una casa grande que tiene su huerto. Pero yo cuando... me dí cuenta cuando rompieron la puerta de mi cuarto, y eran los de la Marina, porque yo los conocía. Los conocí por el uniforme. Entraron con una capucha negra y bien armados. Cuando me levanté de la cama, me dijo que... que me ponga de... con las manos hacia la pared... y que... y los taparon a mis hijos que estaban durmiendo. Pero en esa noche mi esposo había salido a un fiesta que, que habían hecho acá por Cinco Esquinas, con sus amigos. Entonces buscaron todo mi cuarto, y los demás. También estaban buscando todo el huerto, y en eso pude darme cuenta. Uno de ellos que llevaba una manta envuelta, y me preguntó por mi esposo. Y le expliqué dónde estaba. En eso al no encontrar nada, salieron. Eeh bueno, eso había sufrido. Ese atentado ya que habían entrado a mi casa. Pero yo... nosotros teníamos una tienda en Macachacra. En esa tienda, yo iba dos veces a la semana a hacer negocio en las ferias. Nada más. Entonces, una mañana que llego a las 6 de la mañana con la mercadería, un día domingo, llego normal a repartir mis... mis mercaderías. En eso aparece... este... un señor comprador y me dio una plata que tenía que sencillar y buscando sencillo, salí por las vecindades de las tiendas. Regresé y atendí al señor. Pero en ese entonces, me doy cuenta que yo... me doy cuenta de que estaban armados a mi atrás. Y uno de ellos me pusieron un revólver acá. Pero eran... eran unos hombres altos, con su poncho. Todo era de... con su chullo, como gente campesina. Agarré... no sé de dónde saqué la fuerza, y agarré y le hice así la mano. Y le dije qué pasaba y me dijo de que: «No... este... nos tienes que acompañar, pero por qué les aco... nos tienes que acompañar». Lo único que pensé era que mi bebé estaba en el rincón y corrí por mi bebé, me agarré de mi bebé. «Pero por qué los tengo...». «No. Nos tienes que acompañar». Y me sacaron a fuerzas. Pero una niña que tenía trece años, se quedó ahí en la tienda, cuidando a mis cosas. Y me llevaron. Pero entonces, cuando ya me hacía cruzar la pila el parque de ese pueblito, me doy cuenta de que estaba tomado por los infantes de la Marina todo el pueblito, taban por las ventanas, bien armados, por las esquinas. Recién me había dado cuenta que ellos habían tomado el pueblito.

Me llevan onde ellos habían tomado, como un puesto, el concejo de Macachacra. Me hicieron pasar y me empezaron a pegar. Pero yo lo tenía a la niña en la mano, bien agarrada. En eso me preguntaban de que, quiénes... a quiénes yo apoyaba, a quiénes yo ayudaba, que yo diga cuáles son los terroristas. Pero yo dije que no. Yo no los conocía. No sé nada. Yo sencillamente trabajo acá con mi negocio para poder ayudar a mi esposo, mantener a mis hijos. Eso fue mi respuesta. Pero denuovamente me pegaban. Me jalaban del pelo. Me tiraban al suelo. Me dijo que si... este... que viera la forma donde dejaría mi bastarda, porque si yo no hablaba, tendría que morir. Y no. Me abracé aún más a mi hija. Aún más me aferré a mi hija, y no lo solté. Me tiraban al suelo. Me pateaban. Pero no. No solté a mi bebe. Entonces me llevaron a un cuarto. En ese cuarto habían un montón de detenidos ya. Pero la gran parte eran los paisanitos de la altura. Como es feria, ellos bajan con sus mercaderías también. Entonces me dijo: «¿A quiénes aquí conoces?». Yo respondí: «Conozco a todos, porque estos señores vienen a mi tienda y llevan mi mercadería. Pero más yo no sé en qué se ocupan. Quiénes son». Esa fue mi respuesta. Entonces agarró uno de ellos, agarró a uno de ellos que estaban ahí, por supuesto de espaldas con las manos atrás, y dijo: «¿A esta mujer le conocen?». Igual dijo: «No. No le conocemos». Otro agarró y dijo: «¿Tú conoces?». «Sí, le conozco, porque voy a su tienda a comprar». «¡Ajá! ¿No? Y tú no conoces», me dice, ¿no?, no los conozco. «Sí los conozco de vista, pero no sé en qué se ocupan». «¡Ah! Muy bien. No conoces». Agarró el pelo a uno de ellos, le golpeó tanto en la pared, tanto, en la pared que le destrozó la cabeza. Yo seguía mirando. Venía el otro y me pateaba. «Mira. Así vas a morir». Vino... alguien salió por ahí encapuchado, pintado la cara. Agarró a otro y dijo: «Mira. Si tú no hablas, no nos ayudas, así vas a morir». Luego cortó en mi delante el cuello, donde veía que pataleaba su cuerpo y su cabeza por un lado. Yo seguía aferrada a mi hija. Uno de ellos entró y me dice: «¿Ya pensaste a quién vas a dejar tu bastarda?, que así vas a morir, si no hablas». Yo dije: «No tengo nada que hablar. No conozco de quién me pregunta, de qué me preguntan. No sé». Es así que me tuvieron, desde las seis de la mañana hasta las cuatro, en ese... en ese martirio. Y menos mal de que eso de las tres... de las cuatro de la tarde se presentó un mayor de ellos. Y entró, porque ya el otro ya había traído una soguilla y una tela que en mi delante rompieron y dijo: «Con esto te vamos a amarrar la mano y con este vamos a vendarte los ojos». Yo decía... resignada a morir porque no había otra cosa que... que hacer. Entonces llegó un mayor de ellos y dijo: «¿Qué, qué ya le entrevistaron o ya le tomaron su manifestación de la señora». «Sí, pero no habla esa mujer». En eso: «A ver, llámenlo». Me llaman donde estaba el jefe. Se suponía que era el alto mando que de ellos era. Entonces, él empezó a preguntarme. Entonces, agarré y respondí y me preguntó que en qué me ocupaba y, bueno, dije: «Este es mi negocio. Me ocupo en negocio». Luego quién era mi esposo. Entonces le dije: «Mi esposo trabaja en el colegio González Vigil. Es premilitar. Él es suboficial segundo del Ejército. «¡Ah! Mi colega», dijo. «¡Ahh! Nuestro colega. Pero cómo es posible que ustedes no hayan dicho, no hayan preguntado a la señora». Entonces: «Por favor, señora, disculpe, que mis subalternos no saben lo que hacen. Por favor, disculpe, perdónenos. Puede usted irse». Así sencillamente, se agarré a mi bebe y dije: «Bueno, pues, gracias a Dios». Pero agarró un papel blanco. Me dijo: «Firma este papel, de lo que tú estás saliendo tranquila, que acá te han tratado bien». «No. Yo no puedo firmar», le dije. «No voy a firmar». No firmé.

Es así de que regresé a mi casa. No firmé. Me soltaron. Fue... llegué a mi casa y le conté a mi esposo. Mi esposo indignado quiso ir hasta la Marina y hacer bulla, hacer todo lo que él quería hacer. Pero yo agarré, le supliqué a mi esposo que no haga, porque yo sabía cuál eran sus actitudes de ellos. Ya mucha gente habían matado. Aquel tiempo ya mucha gente estaban muertos. Si alguien se abrazaba de su esposo, en defensa cuando llevaba... también. No respetaban a los ancianos ni a los niños, a nadie. Entonces le supliqué a mi esposo. Y lo único que me vio tan enferma mi esposo y me dijo: «Vete a Lima». Yo me fui a Lima por tres meses, para poder yo recuperarme de lo que me habían hecho. Mi esposo se quedó con mis niños, mi tienda. Y a los tres meses cuando vuelvo, ya todo un poco tranquilo, a los tres meses cuando regreso, de nuevamente era él que nos empezaba a fastidiar. Pero, para esto, el fiscal Simón Palomino que era, aquel tiempo, el 84, nos había dicho: «Tenorio, ten mucho cuidado que ustedes la vez pasada bajaban al parque». Y dijo: «Este Tenorio se nos está escapando por segunda vez, pero en la tercera no nos va a escapar. Cuidado, Tenorio», dijo así. Pero mi esposo me había dado tanto valor y me había dicho: «Nunca tengas miedo. Si yo soy suboficial, soy del Ejército. ¿Por qué vas a tener miedo? Ahí están mis diplomas. Yo no he sido... yo no soy un ocioso. No soy un hombre cualquiera para que a mí me lleven. Si me llevan, tú vas y les dices: «Acá están sus diplomas de mi esposo. Él también es colega de ustedes, porque no me va hacer

eso. Nunca tengas miedo.

Me daba un valor, pero sucedió de que cuando ya eso, el siete de julio del 84, viajábamos para... de Huanta a Ayacucho, a ver sus papeles, por su puesto en el cuartel del Ejército. En eso, por Huayhuas, a eso de las 2 de la tarde, bajaban los infantes de la Marina con su tres carros, me acuerdo, unos combis... un comboy que dicen. Unos carros lleno de militares y un tanqueta, y uno de los carros era jeep. Entonces pararon al carro y subieron al carro... al carro, al ómnibus que nosotros viajábamos. Habrían subido unos diez de la marina, pintados la cara, bien armados, preguntando por los documentos. Entonces todos empezaron a mostrar sus documentos. En eso también mi esposo y agarró, dijo: «Yo soy el subfiscal del Ejército Tenorio», enseñó. Entonces dijo: «¡Ahh! oye», le dijo. «Acá hay un Tenorio». «Ah, que baje», dijo, «que baje». Entonces dijeron: «Nos acompañas, colega». Le dijo todavía: «Encantado», dijo mi esposo. Entonces se iban, ya bajaba mi esposo. Entonces uno de ellos le preguntó: «¿Qué te olvidas?». Me estoy olvidando mi *james bond*. Él llevaba en su *james bond* sus papeles, sus documentos personales. Entonces regresó a recoger. Yo le dije: «No llesves». «No», me dice, «Quédate tranquila». Siempre dándome ese valor, que yo me quede tranquila... [llora, llora]

Siempre dándome ese valor. Lo único que pensé es, como nos dirigíamos al cuartel del Ejército de Ayacucho, voy a llegar a Ayacucho y voy a dar parte al comandante del Ejército, se me ocurrió pensar. Le bajaron a mi esposo. Pero yo le vi cuando lo subieron al carro. Le envolvieron con su saco, con su propio saco la cabeza. [llora] Y llegué, inmedia-tamente, le busqué al comandante que en este momento no recuerdo el nombre. Entonces, [llora] le dije lo que había ocurrido, y me dijo: «No te preocupes, señora. En este momento vamos a llamar por radiograma». Cogió la radio y llamó acá al cuartel de la Marina. Donde ellos respondieron: «Sí», respondieron ellos, que sí habían llevado y era para una pequeña investigación que les había llevado, que ya lo van a soltar, de aquí a media hora, una hora. Entonces me agarró y me dijo: «Señora, cálmese, tranquilo, póngase tranquila, que, no, no va a pasar nada. Yo le he dicho como estás escuchando, que es mi personal y tiene que soltar». Me tranquilicé. Esperé. Esperé y denuevamente le insistí de que llamara. «Por favor, si ya lo habían dejado en libertad. ¿Podría llamar?»

En segunda llamada dijo: «No. Ya lo hemos dejado en el trayecto. Posiblemente se habrá ido con los senderos». [llora] Y a mí [llora] se me había enfriado la sangre, [llora] porque [llora] eso era la costumbre de ellos. Cuando a una familia se llevaban, [llora] preguntaba [llora] por su detenido, decía: «Se habrá ido con los senderistas. Ya debe estar en tu casa». Entonces yo dije: «Correrá esa suerte mi esposo». Inmediatamente me dijo el comandante: «Anda, hijita, a tu casa. Regresa [llora] y ve con tus hijos. Ya lo han soltado. Debe estar en tu casa. Ponte tranquila». Me dice todavía. Dije: «Debe estar en mi casa. Me voy. Vine. Llegué a mi casa. Pregunté a mis hijos. Eso era como las seis y media de la tarde. [llora] Entonces mis hijos me dijo: «No ha llegado mi papá todavía. Si has ido con mi papá». Les conté a los mayorcitos, pero a los más pequeños no le conté. Y no, no más...

Era un día sábado que había pasado. Para el día domingo yo no podía hacer nada. ¿A dónde acudir? Lo único se me ocurrió ir adonde el Fiscal, donde el Fiscal Palomino. Le dije: «Señor Fiscal, usted es la autoridad máxima de este pueblo. Ayúdeme, ayúdeme. [llora] Haga algo por mi esposo. Es su amigo y, más de ser amigo, era un compadre que he bautizado al último de mis hijitas». Y me dijo: «No, no, señora Cipriana», me dice, [llora] «Si a tu esposo lo ha hecho ingresar al estadio. Desde ya, desde aquel momento que subió, le empezaron a pisar en el suelo, en el piso del carro. Y nosotros hemos sacado cara, porque nosotros veníamos todos... el Juez, el Fiscal, venía en ese carro. Y nosotros hemos visto y le hemos dicho: «¿Por qué le golpean al señor de esa forma? El señor es muy... muy tranquilo. Es profesor del Gonzáles Vigil. Es instructor premilitar. Es muy tranquilo. Es nuestro amigo. Entonces les respondieron: «Cállense ustedes. Cállense ustedes, porque el cuartel de la Marina es un jabonero. En cualquier momento ustedes van a resbalar. Así es que no saquen cara por él». Entonces así me dijo. Yo no podría hacer nada por tu esposo, que nosotros tampoco no podemos, no vamos a... no vamos a poder hacer nada. Igual esa suerte vamos a correr. Entonces todavía le dije: «Pero, entonces, ¿quién va hacer por mi esposo?». Me sentía... ustedes entenderán de que, cuando lo sucede esto, no sabes, si está de noche, si está de día, a quién vas acudir, a quién vas a correr. Era desesperante... [llora] Me quedé con mis ocho hijos.

Pregunté... [llora] pasé que pasara esa noche. Siempre dije: «Como habían entrado a mi casa, entrarán de nuevo. Nos llevarán nosotros también, a mi hijita mayor». [llora] Las dos nos acostamos. Nos amarramos bien los zapatos. [llora] Le puse un pantalón muy fuerte a mi hija, porque pensaría de que si a ella llevarían, la violarían, la harían algo. [llora] Protegí a mi hija. Amanecimos sentadita. [llora] ¡Ah! toda la gente saben. Para nosotros era un terror los infantes de la Marina, el carro, cuando cruzaba por nuestras puertas, por nuestras calles. Amanecimos sentadas. Amaneció. Inmediatamente me fui a poner denuncia a la fiscalía. Solo quedó en denuncias. Nunca el Fiscal fue a verificar qué pasaba. Me fui para Ayacucho. Igual. Andé por todas las autoridades competentes. De que esto me ayudarían, me ayudarían buscar, encontrar. [llora] Nada. ¿Qué iba hacer yo con mis ocho hijos menores? El mayor nada más que tenía quince años varón. No, yo no tenía ninguna profesión. Yo vivía por él. Era sostén de la casa.

Entonces no me quedaba nada. Pasaron días y tras días. Seguía buscando, preguntando. Y entonces... sabía de que, al no encontrar ninguna respuesta, dije, estará por ahí. Porque el huayco, el río, el huayco de Yahuarcoma era un lugar, un lugar de echadero de todos los muertos, hechos por los infantes de la Marina. Entonces me fui para allá. Sabía de que había que cambiarse de ropa. Me ponía mi ropa del campo, cargada mi bebe. Busqué. Verdad. Muchos muertos. Busqué. [llora] Tampoco encontré. No estaba ahí mi esposo. [llora] Preguntaba por dónde. Por todo sitio busqué, huaycos, quebradas. [llora] Entonces alguien me dijo: «Por Iribamba había una fosa común». Fui para allá. Igual encontré, ¿verdad?, que un resto de un ser humano estaba comiéndose un perro. Le quité el pedazo. Me fui buscando para ver si ahí estaba, sí había esa fosa común. [llora] Senté a mi bebe. Empecé a buscar, arañar... la tierra, porque estaba tapada con... con un poco de ra... rama espinosas y un poco de tierra. Empecé jalar. Solo salió la pierna de uno de ellos. Quise sacar al otro y el brazo. [llora] Ya no podía.

Inmediatamente regresé desesperada. Di parte a las autoridades acá, para que puedan darme permiso y se desentierre esa fosa. Nos dio permiso, pero también nos mandó, como resguardo los de la Marina. Fueron con... juntos con nosotros. No sé quiénes pude conseguir a los familiares. Fuimos con lampa y pico y una camioneta que pude yo pagar... llevé. Los desenterramos. Buscaba yo desesperada si en uno de ellos saldría mi esposo. Tampoco. Encontraron no sé, una, dos personas. Creo que encontraron sus familias, pero destrozados y mutilados, sin lengua. Era una barbaridad. Amarrados siempre las manos para atrás, con unas soguillas. Si no era soguillas, eran alambres. Entonces empezamos a cargar eso de las seis de la tarde, todos esos cadáveres. Entonces los de la Marina dijeron: «Nosotros iremos en la caseta». Yo agarré, dije: «No. Ustedes suban arriba. Si quieren, suban arriba. Nosotros hemos pagado nuestro carro y vamos a ir abajo. Ustedes vean y pregúntense la conciencia. ¿Qué han hecho con esta gente?». Eso fue. No sé de dónde saqué mi valor. Pero antes de eso, me había dicho, quién encontró este hallazgo, y yo dije, yo porque estoy buscando a mi esposo, movió la cabeza... me dijo, como quien amenaza. Cargamos al carro y nos venimos. Ellos venían arriba por supuesto, porque ya la gente... esos cadáveres ya estaban descompuestos. Llegamos al hospital. Cuando descargaron todos los muertos, uno de ellos ras... rastrilló su arma y me dijo: «Espérate. Espérate. Eres muy valiente». No le contesté nada y así pasó, pasó. Entonces ellos ya estaban siguiéndome los pasos a mí.

Cuando un día, cuando un día, y a mi tienda se acercaron, entraron dos personas, pero yo por sus, por su forma de ser ya yo había visto que eran militares. Pero entraron de... de civil. Cuando entraron de civil y me pidió dos cervezas, como les atendí, se sentaron en un rincón. Pero por mi suerte, qué sé yo, les cayó un llavero y se agachó y les pude yo ver el revólver que tenía en la cintura. Tonces yo inmediatamente me dio un calosfríos y me metí que había una cortina de plástico en mi tienda. Me metí y empecé mirar por una rendijita y entre ellos dijeron: «¿Tu presa o mi presa?». Y el otro le dijo: «Déjame a mí. Es mi presa». Entonces tenía que entender de que ellos habían entrado a matarme a mi tienda. No sé qué se me ocurrió tan rápidamente. Lo peñizqué a mi bebe que estaba al rincón adentro. Empezó a gritar. Entonces dije: «¡Ay!, hijita. ¿No te ha pasado el cólico? Vamos, mamita. Vamos, cállate» Como gritaba desesperada la niña y salté como quién mecía y tranquilizaba su dolor, salí afuera, salí a la puerta y de la puerta empecé a escaparme. Corrí, corrí, tanto corrí. Y en eso cuando yo volteo, como había caminado, como había corrido como tres cuerdas a cuatro cuerdas, cuando volteé, ellos venían desesperado, ellos venían desesperado. Pero para mi suerte de mí, se presenta el señor Antonio La Torre, que gracias a ese señor... me ayudó mucho, que en paz descansa, que ya el señor murió. Entonces este señor, yo digo: «Señor Antonio, me están siguiendo. Me... me

van a matar». Me dijo: «Toma la llave. Anda. Abre mi casa. Escóndete ahí». Entonces me fui corriendo. Seguí corriendo. Pero al señor le han... le han detenido ahí y le han preguntado qué había... qué me... qué le había preguntado. Y «¿Dónde estaba esa mujer? ¿Dónde está esa mujer? ¿Qué te preguntó». El señor había dicho: «No. Está buscando a su hijito que se ha perdido». «No, tú quieres ocultar».

Al señor le ha traído hasta su puerta. Y yo estaba adentro. Y en la puerta forcejeando de que se quería entrar. Y él decía: «Si usted [porque era abogado]... si ustedes tienen un orden de allanamiento, pasen. Si ustedes no tienen, ya lo verán conmigo, que yo sé mis derechos. Conmigo no van hacer esto». Yo estaba escuchando adentro y rezaba; pero rezaba, pedía a Dios que no entrara. En eso se fueron. Ese señor me dio el valor; ese señor don Antonio La Torre me dio el valor y resignación para yo poderme irme de Huanta. Porque yo nunca pensé irme, mientras yo no encontraba sus restos, sus restos de mi esposo. Mientras yo no encontraba justicia, yo no quería irme. [llora] No quería irme. Ese señor me dijo: «Señora Cipriana, has hecho mucho. Vete. Ándate. Piensa, piensa en tus ocho hijos. ¿Qué va ser de ti cuando a ti te pasa algo? Yo te ayudo a salir de acá». Entonces yo me quedé en la casa del señor tres días ocultada. Mis hijitos se han venido así, [llora] por otros lados, como quién hace desconocer el camino a aquellos que estaban tras de mí, con sus ropitas en la espalda, en sus bolsitas. Recuerdo que una mañana, salí con mis hijos con... acompañada de este señor y en un auto. Yo no llevé nada de mi casa. Nos fuimos [llora] con la ropa encima. Yo no tenía plata. Recuerdo que compré dos pasajes [llora] y mis ocho hijos cargado. No sé cómo pude haber... haber en esos dos asientos. [llora] Me fui a Lima. Me fui a Lima. Lloré mucho.

Parecía de que me estaba negando a buscar a mi esposo. Me sentía con una culpabilidad de conciencia. [llora] Pero llegué a Lima. No estaba tranquila. Yo no tenía trabajo. Mis hijos no habían terminado sus estudios de ese año. Se habían traumado tanto; se habían traumado mis hijos. Acobijada en casa ajena [llora].

La verdad es que la lucha para poder salir adelante, con mis hijos, ha sido bien duro. Aun peor, sin saber la verdad, qué pasó con mi familia, con mi esposo, dónde está, por qué se lo llevaron, [llora] cuál es la prueba, qué culpa tuvo, qué hizo y ahora quién me tiene que responder eso [llora]. No me quedé tranquila en Lima. Igual nos encontramos con otros familiares. Formamos una organización de familiares. [llora] Empezamos a buscar la justicia, a la Fiscalía de la Nación, a todas las autoridades competentes. Igual caminábamos, denunciando a todas las prensas. Pero tampoco ninguna respo... respuesta. Entonces, cuando nos encadenamos en Plaza de Armas, pudimos en algunas de esas de esas protestas a entrar a... tomamos el Palacio de Gobierno. Entramos casi a la fuerza. Entramos y solamente, cuando ya estábamos en la década de Alan García, y solamente nos atendió el secretario general de Alan García y con la mamá Angélica, que eran de Ayacucho también. Y solamente nos dijo de que, ¡ah! no sabían, qué triste es esta historia, pero ahora lo vamos a investigar, cuál es su teléfono, les estaremos avisando tranquilícense. Eso fue... era toda la respuesta de todos los gobiernos que estaban de turno. Y nunca supimos nada. Nunca llegamos a saber la verdad. Es por eso les digo. Sí acá estoy una vez más, para dar mi testimonio, mi denuncia; para dar valor a los demás señoras. Porque aquí en Huanta ha sido golpeadas, mayormente, las campesinas. No tengamos miedo [llora]. Unamos las fuerzas, pues, perdamos este miedo. Hay que denunciar. Todos juntos nos levantemos. Porque, si no, no alcanzaremos a la justicia. Nunca llegaremos a la verdad. ¿Qué pasó con nuestros familiares inocentes? Que ellos nunca estuvieron metidos en ninguna política.

También hago un llamado a la Comisión de la Verdad, ya que está en sus manos este trabajo para sacar a la verdad. Espero que todo esto sea investigado, punto por punto, caso por caso; y aquellos asesinos, verdugos paguen su culpa. La tranquilidad de nosotros será cuando este asesino esté dentro de las rejas y veamos un documento donde diga: «Acá esta la sentencia, por cadena perpetua, de tantos miles... miles de asesinatos que han cometido». Y este asesinato culpo al comandante Camión, porque en Huanta, comandante Camión es que asesinó a mucha gente sin verificar quiénes sí eran terroristas, como ellos llamaban, o no. Ellos son los culpables de todos estos hechos. Ahí está el Estadio de Huanta. Eso yo creo. Para mí, es exactamente la fosa de toda aquellas personas que no pudimos encontrar sus restos. Y eso quisiera pedir a la autoridad, a las autoridades que están llamados a poner esta... estas fuerzas.

Que ese estadio de Huanta, que alguna vez se voltee, se desentierre, se vea. Porque ahí por

lo menos podemos encontrar siquiera los huesos de nuestros familiares. Estoy muy segura que ahí hay mucha gente enterrada. Igualmente quiero hacer llamado a nuestro gobierno Alejandro Toledo. Que él, en alguna de sus discursos, dijo: «Apoyaré a los familiares de los detenidos, desaparecidos». Muy bien, muchas gracias, señor Alejandro Toledo. Pero no te olvides. Que no sean promesas. No te olvides de tus hermanos. Si tantos niños que necesitan de tu apoyo, de esta justicia, de esta justicia... esa... este... Que tantos años... son veinte años que esperamos... de esta justicia que sea verdad. Que se aclarezca, que se cristalice para saber cuáles son paraderos de nuestros familiares. Y que no se olvide de estas madres inocentes campesinas. Que vea por estos hermanos, qué darles, en qué apoyarles a esos niños que quedaron huérfanos, como los míos sin... frustrados sus futuros. Tal vez mis hijos también hubieran sido alguna persona que hubiera sido... servido para la sociedad. Pero ahora ni siquiera han terminado sus estudios superiores, porque les falta su padre y ¿cuántos de estos hay en el Perú?

Por favor, por favor, señor Alejandro Toledo, yo creo que es su derecho de ayudar, de apoyar, en toda forma y darnos una reparación moral. Porque no pedimos nosotros una reparación económica. Pedimos una reparación moral, digna, para poder vivir digno, para poder nosotros estar tranquilos. No con ese dedo que nos señalaba: huantino, ayacuchano, terrorista. No, no. Nosotros nunca fuimos terroristas. Entonces espero que todo esto tome en cuenta, y nos pueda hacer llegar. Que haiga educación gratuita para los niños, paque los jóvenes que están abandonado sin destino. Gracias a todas... a la Comisión de la Verdad y a las organizaciones de Derechos Humanos. De otra... de una y otra manera nos ha acompañado en esta lucha, para seguir en esta lucha, dándonos valor para seguir reclamando de nuestros familiares. Solo quiero justicia. Solo quiero justicia y la verdad, señores, que están encargados en nombre de todas las mamitas, de todas las madres, pido justicia. Gracias.

Ingeniero Alberto Morote Sánchez

Señores testimoniante, yo quiero expresarles, como comisionado, el impacto que he experimentado con todo cuanto ustedes han manifestado en sus testimonios. Son testimonios desgarradores. Son testimonios que causan mucho dolor. Hay que tener realmente mucho coraje, mucho valor para sobreponerse a toda esa situación de tragedia que ustedes han vivido intensamente. La Comisión se solidariza con vuestro dolor, como todos ustedes están demostrando una generosidad y una nobleza realmente sorprendente, porque han venido a la Comisión no a clamar venganza, sino a pedir justicia. Pero ustedes saben que esa justicia será posible alcanzar, cuando este esfuerzo que todos estamos haciendo, nos conduzca a esa verdad. Y en ese propósito de llegar a la verdad, quisiéramos entiendan ustedes, que este, creo, no es el último acto. No es el acto final de ese anhelo de justicia que ustedes reclaman. Creo, sí existe el propósito común de unir nuestra buena fe, pero sin revanchismos, sin odio, a pesar de la cosa cruel que ustedes han experimentado. Ojalá ese esfuerzo común nos permita llegar a esa verdad para dar un paso importante a la justicia y, finalmente podamos reconciliarnos. Quedamos profundamente impactados y reconocidos por la valentía y la forma clara y transparente como nos han avisado sus penas, muchísimas gracias.

Señora Cipriana Huamaní Janampa

Solamente para agregar, nosotros no quisiéramos... no, no nunca deríamos que haiga reconciliación mientras no haiga justicia y la verdad.